

# Sobre la "Peregrinación de Bartolomé Lorenzo"

## (RELATO DE AVENTURAS POR LAS INDIAS OCCIDENTALES)

LORENZO RUBIO GONZÁLEZ

### I. LA CARTA-DEDICATORIA AL P. ACQUAVIVA.

Entre los escritos menores del padre José de Acosta, figura el relato de las aventuras que vivió por las Indias Occidentales, en el siglo XVI, el portugués Bartolomé Lorenzo, desde que embarcó en el puerto de Villanueva, huyendo de la justicia, hasta que ingresó como hermano Coadjutor en el colegio que los jesuitas acababan de fundar en Lima.

El padre Acosta escribió esta relación en obsequio del padre Claudio Acquaviva, prepósito general de la Compañía de Jesús, y se la envió a Roma acompañada de una carta de presentación y dedicatoria, fechada en Lima el 8 de mayo de 1586, en la que suministra los datos esenciales que explican los motivos y circunstancias que le impulsaron a conocer y poner por escrito las venturas y desventuras del sufrido y virtuoso hermano Bartolomé Lorenzo.

Refiere en dicha carta que cuando llegó por primera vez a Perú en 1572<sup>1</sup>, conoció en el colegio de Lima a un hermano Coadjutor, cuya ejemplaridad de conducta le llamó poderosamente la atención, y se sintió muy edificado por su «modestia, silencio y perpetuo trabajar». Esta admiración le inclinó a buscar un trato más frecuente e íntimo con aquel humilde servidor de la casa y llegó a comprobar que era un hombre de profunda vida de oración y penitencia. Por las mismas palabras del padre Acosta se deduce que su comu-

---

<sup>1</sup> José de Acosta (1540-1600) nació en Medina del Campo, entonces importantísimo centro comercial de Castilla la Vieja. En 1552 ingresó como novicio de la Compañía de Jesús en Salamanca. Cursó estudios de Filosofía y Teología en Alcalá de Henares desde 1559 a 1567. Por estos años nace su vocación misionera a Indias, a la que da cauce San Francisco de Borja otorgándole en 1570 licencia para ir a Perú, por considerarle uno de los mejores miembros de la Compañía en España. Embarcó en San Lúcar de Barrameda el 8 de junio de 1571, en la armada de Pedro Méndez de Avilés, y llegó a Lima el 28 de abril de 1572, iniciando enseguida con gran brillantez sus actividades apostólicas y docentes desde el púlpito y la cátedra de Teología. (Vide: León LOPETEGUI, *El P. José de Acosta y las Misiones*, Madrid, CSIC, 1942; Francisco MATEOS, S. I., «Misioneros jesuitas españoles en el Perú durante el siglo XVI», en *Missionalia Hispanica*, I, Madrid, 1944, p. 559-571; del mismo, «Personalidad y escritos del P. José de Acosta», introducción a la edición de *Obras del P. José de Acosta*, Madrid, BAE, 73, 1954, p. VIII-IX y 251-254.

nicación con el hermano Bartolomé Lorenzo pasó pronto al terreno espiritual, sirviéndole, en ocasiones, de confidente en casos de conciencia.

La admiración de nuestro futuro escritor de Indias creció de punto cuando oyó hablar sobre los «grandes y varios peligros» que había pasado aquel silencioso y trabajador Hermano antes de entrar en la Compañía. La noticia de peregrinas aventuras le despertó muy viva curiosidad y no perdió ocasión de aumentar su trato para sonsacarle la historia de sus andanzas, aunque no le encontró muy explícito sobre este particular, porque «el hombre era de pocas palabras». Tal vez este interés hubiera terminado por perderse, pero el propósito que se formó el padre Acosta de acopiar materiales para una historia de las Indias Occidentales, le induciría a ver en las experiencias del hermano Bartolomé Lorenzo una valiosa fuente de información. Tan interesado llegó a estar por conocerlas, que, para vencer el silencio y la modestia del virtuoso Hermano, se valió de una añaigaza que, por haberla usado con sana intención y para un fin que consideraba justificable, no dudó en declarársela al padre Acquaviva, a quien dice:

«Al cabo de unos años, haciendo oficio de Provincial<sup>2</sup>, le apercibí que deseaba me contase su vida, para advertirle lo que yo entendía le estuviese bien. Y no entendiendo Bartolomé Lorenzo (que éste era su nombre) mi fin, y por obediencia al Superior, me fue refiriendo algunos días de su peregrinación, y yo apuntándola después brevemente»<sup>3</sup>.

En efecto, por una parte deseaba conocer la peregrina historia de un miembro de la Compañía de Jesús y por otra informarse para la historia de las Indias que tenía proyectada<sup>4</sup>. Prueba lo primero la propia *Peregrinación* y lo segundo las alusiones que aparecen en la *Historia Natural y Moral de las Indias* respecto a las informaciones recibidas de Bartolomé Lorenzo<sup>5</sup>.

El contenido sustancial de los hechos que se relatan en la *Peregrinación*

<sup>2</sup> El 31 de mayo de 1575 llegó a Lima el P. Juan de la Plaza como visitador del Perú con plenos poderes del general de la Compañía, P. Everardo Mercurio, sucesor de San Francisco de Borja desde 1572. Ante las extraordinarias cualidades del P. Acosta y su predicamento en Lima, le nombró rector del Colegio el 1 de septiembre del mismo año 1572, y el 1 de enero de 1576, provincial del Perú, en sustitución del P. Jerónimo Ruiz de Portillo. (Vide: *Historia general de la Compañía de Jesús en la provincia del Perú*, edic. de F. Mateos, I, Madrid, 1944, p. 247.)

<sup>3</sup> *Obras del P. José de Acosta*, ob. cit., p. 304-305.

<sup>4</sup> El P. Acosta regresó a España con todos los materiales pacientemente recopilados durante su estancia de quince años en América y tres años más tarde apareció publicada su *Historia Natural y Moral de las Indias, en que se tratan las cosas notables del cielo, y elementos, metales, plantas, y animales dellas: y los ritos y ceremonias, leyes, y gouier-no, y guerras de los Indios*, Sevilla, Juan de León, 1590.

<sup>5</sup> *Obras del P. José de Acosta...*, p. 73, correspondiente a su *Historia Natural*, en que describe la pelea en una playa de un tigre y un caimán, según la observó y se la refirió Bartolomé Lorenzo, cuando le contaba su vida de ermitaño en las costas del mar del Sur. (Ibídem, p. 314, correspondiente a la *Peregrinación...*)

se atiende fielmente al relato del informante. El mismo padre Acosta declara el método con que procedió: durante algunos días escuchó la relación de los sucesos que le hizo el hermano Bartolomé; fue tomando breves notas que fijaban la comunicación oral; y, finalmente, dio forma literaria a aquellos apuntes que reflejaban la conversación con el comunicante. Este, según el padre Acosta, no fue muy prolijo en noticias y detalles, ya que se atuvo sucintamente a los acontecimientos más sobresalientes para que el relato resultara coherente, y aun muchas cosas, por olvido o por consciente deseo de reserva, las calló, restando de esta manera interés informativo al relato y viveza a las aventuras.

No encontramos, pues, una relación pormenorizada de toda la experiencia aventurera del protagonista, sino un relato sustancial de sucesos, que gira fundamentalmente sobre dos ejes narrativos: los lugares geográficos por los que peregrinó y los modos de vida a que se vio obligado por las circunstancias, sucintamente descritos, salvo ligeros pasajes anecdóticos.

Ahora bien, contando con esta base argumental, hubiera sido fácil rellenar con verosímiles imaginaciones los vacíos descriptivos y narrativos, dotando al relato de erudición o dramaticidad, sobre todo para el padre Acosta, gran conocedor de la geografía, vida y costumbres de las tierras americanas y hombre experto en el manejo de la pluma. Sin embargo, prefirió atenerse a los hechos estrictos que se le habían comunicado y narrarlos con fidelidad de historiador más que con imaginación de novelista. Para confirmar la credibilidad y veracidad de los hechos, se remite desde el principio a la sinceridad y llaneza del comunicante, que vive y es conocido por todos cuando el padre Acosta escribe la carta-dedicatoria al padre Acquaviva. En consecuencia, el relato responde fielmente a la realidad, según el autor de la *Peregrinación*, exceptuando los pormenores que el informador ha olvidado o ha considerado oportuno omitir.

No es posible fijar con precisión la fecha de composición del relato. El autor de la *Peregrinación* no ofrece pistas que permitan suponer fechas aproximadamente probables. Así como del texto de la carta parece desprenderse que las notas escritas seguían inmediatamente al relato oral, nada nos dice de cuándo formalizó literariamente esos apuntes y los convirtió en el texto que poseemos. La datación de la carta dirigida al padre Acquaviva, 8 de mayo de 1586, nos daría la fecha de composición, si tuviésemos la seguridad de que la escribió a raíz de terminar el texto del relato. Pero esta suposición cuenta con algunos reparos. Por un lado, la hipótesis de que ambos textos —*Carta* y *Peregrinación*— los escribiera en épocas distintas, resulta igualmente verosímil; y por otro, al aparecer el padre Acosta como «provincial del Perú», nos llevaría a pensar que fue escrita durante sus años de provincial, es decir, entre 1576 y 1581, siendo la fecha del 8 de mayo de 1586 la que correspon-

dería sólo a la datación de la carta-dedicatoria. No obstante, es igualmente admisible suponer que dicho título se utiliza «a posteriori», con significación de haberlo sido, pudiéndose aceptar, ante la duda, la fecha de 1586 como probable y aun segura.

En la conclusión de la carta dirigida al padre Acquaviva, el padre Acosta menciona expresamente al hermano Bartolomé Lorenzo para encomendarle a las oraciones del general de la Compañía y para indicar a éste que el hermano Lorenzo «hasta el día de hoy no sabe que esto se haya escrito». Respeta con ello la modestia del protagonista de la relación y cierra la carta con un detalle de autenticidad que nos dispone a entrar en la lectura *afectuosamente*, sabiendo que «ahora está empleándose en cuanto le manda la obediencia, con grande edificación», ajeno al interés que ha despertado en nosotros. Magnífico detalle de realismo, que encuentra su parangón pocos años después en la *Historia de la Orden de San Jerónimo*<sup>6</sup>.

Curiosamente, el hermano Lorenzo abre y cierra los años de estancia del padre Acosta en tierras peruanas. Este le conoció cuando llegó a Lima en 1572. Convivió con él en la misma casa y le sirvió de confidente y padre espiritual. Podemos suponer que cuando el padre Acosta está preparando su regreso a España, al revisar sus escritos y toparse con la *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*, se reencuentra con la figura del humilde hermano Coadjutor que tanto le edificó, entonces como ahora, con la ejemplaridad de su conducta. Con esta carga emotiva, envía el relato al preposición general de la Compañía como testimonio de la amplia significación de los jesuitas en América y como una patente de agradecimiento por haberle facilitado el padre Acquaviva su tan deseado regreso a España, después de quince años de peregrinación y aventura misionera en las Indias<sup>7</sup>.

Es muy explicable que Acosta envíe esta relación al padre Acquaviva pocos días antes de embarcarse para venir a España. A los preparativos del viaje pertenecía recoger, ordenar y empaquetar cuidadosamente los numerosos manuscritos que a lo largo de sus quince años de estancia en el Perú había ido acumulando. Eran materiales dispuestos para su revisión y publicación. Sabemos bien que los mejores libros del padre Acosta vinieron preparados

<sup>6</sup> El P. José de SIGÜENZA en su *Tercera parte de la Historia de la Orden de San Jerónimo*, Madrid, Imprenta Real, 1605, 2.<sup>a</sup> ed. *Historia de la Orden de San Jerónimo*, II, Madrid, NBAE, 12, 1909, p. 682, nos dice que el laborioso y humilde fray Antonio de Villacastín, alma de la construcción del monasterio de El Escorial y último monje jerónimo biografiado en la crónica jeronimiana, se encuentra ayudando a misa piadosamente, como en su juventud, aunque cargado de años y medio ciego, cuando con él se cierra la crónica de la gloriosa Orden de los Jerónimos.

<sup>7</sup> A partir de 1580 el P. Acosta manifiesta sus deseos de regresar a España, y desde 1581 el P. Acquaviva agiliza la tramitación de su viaje, que le había solicitado insistentemente. Entre los últimos días de mayo y los primeros del mes de junio de 1586, embarcó en el Callao para venir a España pasando por Méjico, donde se detuvo aproximadamente un año, documentándose para su *Historia Natural y Moral de las Indias*.

de Perú, y que en España recibieron la puesta a punto y fueron publicados inmediatamente después de su llegada. La voluminosidad e importancia de estos escritos era variable. Entre los manuscritos de menor extensión se encontraría la *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo, antes de entrar en la Compañía*. Su autor le dio un destino seguro y honroso dedicándola y enviándosela al padre General de los jesuitas. Para ello escribió una carta dedicatoria con sentido filial, sincero y humilde, y la fechó en Lima con destino a Roma. He aquí las palabras con que la concluyó:

«Parecióme enderezar a V. P. esta relación, pues el que la escribe, y de quien se escribe, son hijos de V. P. y ambos se encomiendan a los santos sacrificios y oraciones de V. P., aunque Lorenzo hasta el día de hoy no sabe que esto se haya escrito. De Lima a ocho de mayo de mil y quinientos y ochenta y seis.—De V. P. hijo y siervo indigno, Josef de Acosta»<sup>8</sup>.

## II. COPIAS MANUSCRITAS Y VERSIONES IMPRESAS.

El interés de la aventura por sí misma, el carácter providencialista asignado al relato y el provecho espiritual consiguiente eran factores más que suficientes para que la relación del padre Acosta se difundiera con éxito entre los miembros de la Compañía de Jesús. Según nos dice el padre Alonso de Andrade, se hicieron varios traslados y se enviaron por diversas partes. Uno de ellos llegó a sus manos y lo incluyó en la noticia biográfica del hermano Bartolomé Lorenzo, publicada en *Varones Ilustres de la Compañía de Jesús*<sup>9</sup>. Esta es la copia impresa más antigua que conocemos, aparecida en 1666 y reeditada en 1889<sup>10</sup>.

Cesáreo Fernández Duro publicó en 1899<sup>11</sup> la copia que don Juan Bautista Muñoz trasladó al Tomo XCI de su *Colección Manuscrita*, después de haberla cotejado con la que existía en la librería de don Santiago Sáez, firmando el traslado el 12 de septiembre de 1778.

El padre Francisco Mateos utiliza y reproduce, entre los escritos menores del padre Acosta<sup>12</sup>, la copia manuscrita existente en la Academia de la Historia.

<sup>8</sup> *Obras del P. José de Acosta...*, p. 305.

<sup>9</sup> ALONSO DE ANDRADE, S. I., «H. Bartolomé Lorenzo», en *Varones Ilustres de la Compañía de Jesús*, vol. V, Madrid, 1666, p. 759-783.

<sup>10</sup> *Varones Ilustres de la Compañía de Jesús*, vol. IV, Bilbao, 1889, p. 19-47. Es la que utilizaremos y citaremos en adelante por resultar más asequible.

<sup>11</sup> «Peregrinación por las Indias Occidentales en el siglo XVI», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XXXV (1899), p. 228-257.

<sup>12</sup> «Peregrinación de Bartolomé Lorenzo», en *Obras del P. José de Acosta*, est. prel. y edic. del P. Francisco Mateos, S. I., Madrid, BAE, 73, 1954, p. 304-320.

Como el mismo Francisco Mateos señala, aún habría que contar la que editó el americanista padre Ricardo Cappa y la que se supone que utilizó el padre Ignacio de Arbieta para la biografía del hermano Bartolomé Lorenzo.

Las copias más antiguas cronológicamente son las que reproducen Andrade y Mateos. De la de Andrade poseemos el dato de su temprana impresión, a principios de la segunda mitad del siglo xvii. Francisco Mateos considera que el tomo 189 de la Sección *Jesuitas*, de la Academia de la Historia, en el que se encuentra la copia que él transcribe, es también de pleno siglo xvii, porque a tal época corresponde la calidad del papel, el tipo de la letra usada y los documentos restantes que aparecen insertos, en uno de los cuales figura la temprana fecha de 1615. Por lo que se refiere a la de Fernández Duro, la lengua y el estilo de la redacción denotan un texto menos elaborado y tal vez una versión manuscrita más primitiva, cuyas diferencias formales, respecto de las versiones de Andrade y Mateos, son abundantes.

El estudio comparativo de las tres impresiones permite comprobar que el contenido de las copias reproducidas es sustancialmente el mismo y responden a un original común, sin que puedan anotarse alteraciones importantes que modifiquen el relato.

Las versiones impresas de Andrade y Mateos presentan gran afinidad no sólo de contenido, sino incluso en el léxico, morfosintaxis y estilo. Parece que ambas reproducen una fuente manuscrita muy próxima, trasladada en ambos casos con esmero suficiente para que no existan variantes destacables que afecten al contenido o a la locución. Sin embargo, existen peculiaridades que las diferencian: es característico de la versión de Andrade mencionar al protagonista tratándole como miembro de la Compañía de Jesús y, en consecuencia, denominarle con los apelativos de «Hermano», «nuestro Hermano», mientras que en la de Mateos, y en la de Fernández Duro, no se le tributan estos apelativos, porque la narración corresponde a una etapa biográfica en la que Bartolomé Lorenzo todavía no pertenecía a la Compañía y le consideran desde el punto de vista de mero protagonista del relato. La peculiaridad del tratamiento como jesuita, se explica en el padre Andrade porque habla de su biografiado como jesuita distinguido e incluye la *Peregrinación* como parte extraordinaria y ejemplar de la biografía que escribió para ser publicada en *Varones Ilustres de la Compañía de Jesús*. Obsérvanse también algunas ligeras variantes en la redacción, debidas a ausencias, adiciones o modificaciones, atribuibles, evidentemente, a descuidos o a deseos de aclaración, más que a intenciones ideológicas. Las más frecuentes son cambios fonéticos, variaciones gramaticales o semánticas, que en ningún caso llegan a modificar sustancialmente el sentido. Sirvan de ejemplo para ilustrarlo los siguientes párrafos, en los que las variantes pueden estimarse numerosas en relación con el resto y, sin embargo, irrelevantes:

## VERSIÓN DE MATEOS

«Tomaron la isla Española por la banda del Norte y dieron fondo en Montecristi, donde *cayeron* en manos de tres navíos *de* franceses, luteranos piratas. Fueron presos los portugueses y con ellos Lorenzo, y muy maltratados de los luteranos, llamándoles papistas y levantando en alto pedazos de cazave, haciendo burla del *sacrosanto* misterio de la Hostia, y a Lorenzo, porque le hallaron un rosario, le dieron muchos golpes y puntillazos, y, en fin, se resolvieron *en* matarlos»<sup>14</sup>.

## VERSIÓN DE ANDRADE

«Tomaron la isla Española por la banda del *norte* y dieron fondo en Montecristo, donde *dieron* en manos de tres navíos franceses, luteranos piratas. Fueron presos los portugueses y con ellos *nuestro* H. Lorenzo, y muy maltratados de los luteranos, llamándolos *piratas*<sup>13</sup> y levantando en alto pedazos de cazave, haciendo burla del *santísimo* misterio de la Hostia, y a *nuestro* H. Lorenzo, porque le hallaron un rosario, le dieron muchos golpes y puntillazos, y en fin, se resolvieron *de* matarlos»<sup>15</sup>.

En cambio, los párrafos en que la coincidencia es total son mucho más frecuentes que los que presentan variantes semejantes a las señaladas en los textos precedentes que se han parangonado. Siendo ambas copias del siglo XVII y con tan parecido traslado, no encontramos la explicación de que Mateos atribuya más autoridad a la de Andrade que a la que él transcribe, porque, aunque ésta presente un texto más pulido<sup>16</sup> en detalles de expresión formal, éstos pueden ser atribuibles a un copista más cuidadoso, pero no por eso posterior.

Entre la versión de Fernández Duro y las de Andrade y Mateos, conviene precisar lo siguiente: en cuanto al contenido narrativo, son sustancialmente iguales y reproducen fielmente el relato de un original común; por lo que respecta a la locución, se observan muy frecuentes y, a veces, notables diferencias en fonética, léxico, orden gramatical y fraseología. La versión de Fernández Duro parece reproducir una copia, no más arcaica y cercana al original por su expresión más perifrástica, sino que parece proceder de una redacción no sometida a corrección posterior. Por el contrario, las versiones de Andrade y Mateos evidencian una mayor elaboración del texto, precisado y matizado, en el que la frase se ciñe a la significación, el orden gramatical está dominado por la economía del lenguaje y se evitan las repeticiones y los circunloquios,

<sup>13</sup> «Piratas» por «papistas», parece un error evidente de copista.

<sup>14</sup> *Obras del P. José de Acosta...*, p. 306.

<sup>15</sup> *Varones Ilustres...*, p. 21.

<sup>16</sup> «Cayeron», en Mateos, evita la repetición cercana de «dieron» que presenta Andrade. En textos arriba citados.

factores éstos que caracterizan el texto de la versión de Fernández Duro y que pueden comprobarse con el siguiente cotejo de textos:

#### VERSIÓN DE FERNÁNDEZ DURO

«Causóles gran turbación no hallar *su* navío, *mayormente que* la isla *era seca*, sin agua *ninguna de beber*, aunque tenía gran cantidad de ganados de cabras y ovejas. En fin, fueron en el batel entre aquellas islas hasta que *llegaron al paraje donde iba* la nao, y *la alcanzaron porque los había aguardado*. Con *el mismo* buen tiempo *tomaron a* Cabo Verde, donde habían de comprar cantidad de negros, *como lo usan*, y *llevallos a* la Española *a rescatillos* por cueros»<sup>17</sup>.

#### VERSIÓN DE ANDRADE

Causóles gran turbación no hallar el navío, por ser la isla sin agua dulce, aunque tenía gran cantidad de ganado de cabras y ovejas. En fin fueron en el batel entre aquellas islas, hasta que dieron vista a la nao, que los estaba esperando, donde se embarcaron y con buen tiempo surgieron en Cabo Verde, donde habían de comprar cantidad de negros para la española para trocarlos por *pieles*»<sup>18</sup>.

#### VERSIÓN DE MATEOS

«Causóles gran turbación no hallar el navío, por ser la isla sin agua dulce, aunque tenía gran cantidad de ganado de cabras y ovejas. En fin fueron en el batel entre aquellas islas, hasta que dieron vista a la nao, que los estaba esperando, donde se embarcaron y con buen tiempo surgieron en Cabo Verde, donde habían de comprar cantidad de negros para la Española para trocarlos por cueros»<sup>19</sup>.

Tomando como base de comparación el texto de la versión de Mateos, hemos subrayado las variantes en los de Fernández Duro y Andrade. En una primera observación, se aprecia que las variantes son muy escasas entre Andrade y Mateos. En cambio, saltan a la vista los numerosos cambios formales que hay entre Fernández Duro y éstos. El texto de Mateos contiene 75 unidades cuantificables, comprendidos los signos de puntuación. El de Andrade, igualmente 75. Y el de Fernández Duro, 91. Es decir, para expresar los mismos conceptos emplea 16 unidades más, que suponen un 21,3 por 100. Mientras en Andrade sólo hallamos 2 variantes —y una de ellas resulta

<sup>17</sup> «Peregrinación por las Indias Occidentales»..., p. 230.

<sup>18</sup> *Varones Ilustres*..., p. 20.

<sup>19</sup> *Obras del P. José de Acosta*..., p. 305.



irrelevante por ser ortográfica—, que suponen un 2 por 100, en Fernández Duro apreciamos 35, que suponen un 38 por 100.

Del examen interno de la versión de Fernández Duro, se llega fácilmente a la conclusión de que el texto tiene un sabor más espontáneo y arcaico. Por su parte, las versiones de Andrade y Mateos nos presentan textos más corregidos y depurados. Correspondiendo las copias de Andrade y Mateos más o menos a la misma época, mediados del siglo XVII, nos atrevemos a establecer la hipótesis de que el mismo padre Acosta retocó la redacción primitiva durante sus años de actividad literaria en España (1590-1600), movido por la buena acogida de su relato y con deseo de que se difundiera con una redacción de carácter más literario que epistolar. En este supuesto, la versión de Fernández Duro sería la de una copia que correspondería a la redacción primera, de tono epistolar; y las de Andrade y Mateos, a copias de redacción literaria; pero, en los tres casos, pertenecientes al padre Acosta.

Para nuestro propósito, y sin menoscabo de las otras dos versiones, utilizaremos y citaremos a pie de página la de Francisco Mateos, por considerarla producto de una redacción más elaborada y literaria, fidedigna en cuanto al contenido y más depurada en cuanto a la expresión formal, sin haber perdido la espontaneidad y estilo primitivos. Al mismo tiempo, nos parece la versión más conciliadora de las diferencias entre las tres, porque reúne las características que son comunes con las de Fernández Duro y Andrade, y el tono general del estilo responde al que presentan otros escritos menores del padre Acosta<sup>20</sup>.

Advirtamos, finalmente, que el texto primitivo no estaba dividido en apartados. El primero que lo presentó fraccionado en capítulos con títulos temáticos auxiliares fue Andrade, y lo hizo dividiendo «la relación en cinco párrafos, que sean como los descansos de una escalera larga, para evitar prolijidad»<sup>21</sup>. Fernández Duro prefirió reproducir el texto continuo con el deseo de respetar la copia original, aunque la versión impresa enumera los párrafos, sin duda para proporcionar también alguna facilidad al lector. Por su parte, Mateos publica el texto dividido en cinco capítulos, y éstos en párrafos; en ambos casos, con títulos, generales y particulares, referentes a los lugares e incidencias del azaroso peregrinar del protagonista, mas advirtiendo, en el estudio preliminar de la edición de las *Obras del P. José de Acosta* (p. XLIII), que originariamente el texto no los tenía y que él lo hace, como Andrade, para comodidad del lector.

<sup>20</sup> *Obras del P. José de Acosta...*, p. 251-386. Principalmente, «Relación de la visita a la provincia de Andalucía, Cádiz, 24 de febrero de 1590», p. 346-350; «Relación de la visita de Felipe II a dos casas de la Compañía de Jesús en Valladolid, 5 de agosto de 1592», p. 351-353; «Diario de la embajada a Roma. Año 1592», p. 353-368.

<sup>21</sup> *Varones Ilustres...*, p. 19.

### III. PRINCIPALES ACCIDENTES DE LA PEREGRINACIÓN.

Las aventuras de Bartolomé Lorenzo están marcadas por lo imprevisto. Circunstancias adversas le obligan constantemente a tomar rumbos insospechados. A lo largo de la relación aparece una serie ininterrumpida de accidentes, que van determinando rutas desconocidas y desconcertantes. Al fin, termina por asumir la aventura y perder el miedo a la soledad de los parajes, abandonándose al destino. Cuando pone término a su vagar, decidiendo ingresar en la Compañía de Jesús, y su vida queda organizada en adelante dentro del ámbito que le marca la obediencia, los años transcurren bajo la regularidad de un trabajo ordenado en la soledad del campo, a la que estaba acostumbrado desde su niñez, en la que se encuentra plenamente a gusto. Por eso, el padre Andrade exalta esta vida de laboriosidad en la granja que el hermano Lorenzo levantó desde sus comienzos y en la que vivió el resto de su vida de jesuita, y considera providenciales todas las aventuras que le condujeron al lugar que Dios le designaba para prestar tan útiles servicios<sup>22</sup>. No obstante, es una interpretación hiperbólicamente providencialista, propia de la literatura religiosa y de la historiografía del Barroco, y no una explicación objetiva de los hechos. Es verdad que tiene su base en el providencialismo de la relación del P. Acosta, pero éste se muestra mucho más moderado y procede con sentido más histórico, cuando nos relata los sucesos que fueron entretejiendo la trama de las aventuras vividas por Bartolomé Lorenzo. El providencialismo de Acosta no afecta a los hechos, que son narrados con objetividad y rigor, sino a las causas o circunstancias aparentemente desconocidas, que provocan un suceso determinado o explican de forma inmediata una situación que a primera vista parecía no tener sentido. En estos casos, el recurso a la Providencia divina nace de una concepción religiosa de la vida y de una actitud acrítica de la historia, lo cual no supone falta de objetividad y rigor.

El padre Acosta comienza por fijar con precisión el lugar de nacimiento, la edad y la causa por la que Bartolomé Lorenzo se vio obligado a emprender su viaje a las Indias: librarse de vérselas con la justicia por un grave delito, cometido contra persona importante, en el que estaba complicado como uno de los principales sospechosos. Partiendo de este comienzo, el resto será una cadena de infortunios y peripecias, que se localizan en cinco escenarios: La Española, Jamaica, Panamá, costas del mar del Sur y tierras de Ecuador y Perú, hasta que topa con los jesuitas en La Barraca y se decide a ingresar en la Compañía de Jesús como hermano Coadjutor.

Siguiendo el consejo de su padre, Vicente Lorenzo, embarcó furtivamente y sin licencia en el puerto de Villanueva. El navío en que se hizo a la mar, pro-

<sup>22</sup> *Varones Ilustres...*, p. 43-47.

to sufrió fuertes temporales que le arrojaron a Fuerteventura, y de aquí desviaron su rumbo hacia «una isla despoblada y de peligrosos bajíos», llamada de los Carneros. Posteriormente, y con buen tiempo, se dirigió a Cabo Verde, para comprar negros que comerciarían en La Española por pieles. Debido al clima, en Cabo Verde enfermó gravemente de cámaras, pero curó gracias a los extraños remedios de una desconocida mujer que le atendió, mientras los demás compañeros de viaje ya le daban por muerto. Cuando llegaron a La Española, tomándola por la banda del Norte, un nuevo incidente puso en peligro su vida y la de cuantos navegaban con él, pues cayeron en poder de piratas luteranos franceses. Estos, después de maltratarlos y burlarse sacrílegamente, hubieran acabado con sus vidas, a no ser por la inesperada intervención de «un capitán principal a quien todos obedecían»<sup>23</sup>, que los tomó bajo su protección y ordenó desembarcarlos en la costa. El autor destaca que Bartolomé Lorenzo fue muy especialmente escarnecido porque le encontraron un rosario. Furiosos los piratas por haber visto frustrados sus intentos de matarlos, los arrojaron al agua antes de llegar a tierra, viéndose Lorenzo a punto de ahogarse, porque lo echaron de golpe y con ropa. Aún hay otro detalle: un compañero portugués murió en tierra y Bartolomé Lorenzo tuvo la piadosa caridad de enterrarlo en una ermita. A partir de este pasaje, en el que se conjugan tres elementos claves: el peligro, lo religioso y lo extraordinario que le salva, comienza la interpretación providencialista de los sucesos peligrosos en que se encontrará, atribuyéndose a la divina Providencia la conservación de la vida del protagonista y la orientación de sus pasos hasta que ingrese en la Compañía, lo que será, según la alegórica interpretación del padre Andrade, como haber encontrado el Paraíso, después de tan penoso peregrinar.

En La Española trató de negociar con el caudal que su padre le diera para poder valerse, pero enfermó gravemente de calenturas que le duraron más de nueve meses, volviendo a recaer en dos ocasiones, después de ligeras mejorías. Añádase a esto que la recua de negros le perdió toda la mercancía comprada en Santo Domingo, y nos explicaremos la penuria en que quedó y el sentido de fracaso para enriquecerse a través del comercio. Ante esta situación, renació en Bartolomé Lorenzo la nostalgia del campo, en el que se había criado, se debilitó su escasa inclinación a la mercadería y comenzó a pensar en orientar su vida de otra forma a la que su padre le había indicado. El padre Acosta, que acaba de iniciar el providencialismo de su relación, al hablarnos de la larga enfermedad y del fracaso en los negocios, nos dice que «en esta enfermedad le dio Nuestro Señor aborrecimiento de hacienda y deseo de soledad; y, ya convalecido, como él se había criado en el campo, le cansaba

---

<sup>23</sup> *Obras del P. José de Acosta...*, p. 306. Se trata de los piratas franceses que, a las órdenes de Juan de Ribaud, intentaban establecerse en La Florida.

el trato y bullicio de la gente. Salíase muchas veces al campo, donde se estaba solo con particular gusto»<sup>24</sup>.

Poco tiempo después, intentó conciliar su deseo de soledad y de mejorar fortuna, marchando con «un hombre de bien» a las minas de La Española. Pero, a pocas jornadas, extraviaron el camino y tuvieron que andar a la aventura. «Esta es —nos dice Acosta— la primera vez que Lorenzo anduvo perdido por los caminos»<sup>25</sup>. Durante cinco meses vagaron por montañas y bosques, alimentándose de lo que la Nautraleza les ofrecía, principalmente «naranjas, cidras y limones, que con no ser fruta natural de la tierra, sino traída de España —observa Acosta—, hay por allí montes muy poblados de estos árboles»<sup>26</sup>, hasta que unos vaqueros les encaminaron hacia Santiago de la Vega.

Tal vez hubiera permanecido en La Española, pero los Oidores de Santo Domingo estaban haciendo averiguaciones sobre unos portugueses que habían llegado a la isla sin licencia y se dedicaban ilegalmente al comercio, entre los cuales se encontraba encartado Bartolomé Lorenzo. Esto le llenó de temor y, para evitar que le devolvieran a Sevilla y le entregaran a la justicia, puso tierra por medio, huyendo de noche a la Yaguana, distante de Santo Domingo más de cien leguas. Solo, perdido y hambriento, anduvo vagando varios meses, hasta que, por segunda vez, unas vacas le pusieron en camino de poblado y consiguió llegar a la Yaguana, donde enfermó gravemente a consecuencia de su anterior aventura.

Estando enfermo, se le ofreció ocasión de pasar a Jamaica en el navío de don Pedro de Córdoba, que huía hacia Portugal, y a quien informó tan cumplidamente, que, además de la embarcación, le dio recomendación para que su mujer y su suegro le proporcionaran regalado acomodo en su propia casa. Aprovechó la ocasión y, burlando la vigilancia del puerto y el cañoneo con que quisieron impedir su fuga, llegó a Jamaica y se aposentó en casa de don Pedro. Atrás quedaba La Española, donde se nos dice que pasó dos años.

Jamaica es el segundo escenario de sus aventuras. Aunque se encontraba bien alojado, «acordó dejar la posada y quitar al demonio la ocasión de hacer de las suyas», porque él era mozo joven y la mujer de don Pedro de Córdoba, si bien era virtuosa y honrada, al fin era mujer. Por otra parte, el aviso de la presencia de naos piratas de Francia obligó al gobernador Manrique de Rojas a tomar para la defensa de la isla a todos los hombres disponibles, pero a Lorenzo el ejercicio de las armas le resultaba insufrible y «procuró por cualquier vía que fuese salir de este cautiverio»<sup>27</sup>. La vía fue desertar. Y puesto de acuer-

<sup>24</sup> *Obras del P. José de Acosta...*, p. 306.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, p. 306.

<sup>26</sup> *Ibíd.*, p. 307.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, p. 308.

do con un amigo y un guía, que tenían las mismas intenciones, salieron de noche hacia la banda opuesta de la isla, en la que se encontraba un pequeño puerto y desde allí «embarcarse para donde les guiase su fortuna»<sup>28</sup>. Al cabo de quince jornadas de camino extraviado, decidieron dar la vuelta, por encontrarse sin alimento y sin vestidos. Afortunadamente, toparon con la choza de un indio solitario, que por miedo a los españoles vivía en los montes desde hacía más de veinte años. Por el temor que le infundían tuvo que darles hospitalidad y compartir sus alimentos, pero la situación era tan difícil y el temperamento de los acompañantes de Bartolomé Lorenzo tan ambicioso y apasionado, que éste temió perder la vida en una de las continuas reyertas que mantenían, y «con este miedo y con haberle perdido ya a la soledad y caminos montuosos, acordó irse sin decirles nada, y así lo hizo una noche, cuando ellos menos lo pensaban»<sup>29</sup>.

Como podemos observar, el temor le pone en continuas situaciones de huida. Es un ser timorato, receloso e inquieto. Huye constantemente de los peligros que le amenazan, sin rumbo fijo. Huye sin saber a dónde con el afán de librarse de lo que deja atrás. Esta vez emprende la fuga por su cuenta y riesgo. La aventura será más ardua. El desconocimiento del terreno y la falta de toda clase de recursos le obligaron a poner en práctica todas sus facultades para sobrevivir: guiarse por el curso de los ríos para llegar a la mar, saciar la sed chupando el rocío que le ofrecían las piedras y las yerbas, comer los frutos que encontraba a su paso, distinguir por el instinto de los animalillos los frutos comestibles, valerse de su cuchillo para cazar puercos monteses, sacar fuego de la madera, abrasar un bosque de helechos para poder orientarse, cobijarse bajo el agua para no perecer en el incendio, etc.

En esta nueva andadura se adentró en montañas y bosques tan espesos, que se vio obligado a subirse a los árboles para atalayar y marcar la orientación de su derrotero; pero, al llegar a un helechal y ser éste tan vasto y espeso que le impedía caminar y orientarse, lo prendió y corrió el peligro de perecer abrasado, lo cual hubiera ocurrido, a no ser por la laguna que encontró, y aun así el humo estuvo a punto de asfixiarle. Al cabo, se apoderaron de él el desánimo y la tristeza, por no encontrar modo de salir de aquel laberinto. Agotado como estaba, aún sacó fuerzas para trepar a un árbol altísimo, «de la casta de ceibas —nos dice Acosta—, de que usan los indios para hacer canoas, que son unos barcos de una pieza, cavados como artesas»<sup>30</sup>; al que tardó en subir más de hora y media «por estar muy debilitado». Cuando llegó a la copa, formada por tres ramas, y pensó descansar, «vio una fiera y disforme culebra enroscada, durmiendo, que tenía allí su nido. Fue terrible el

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 308.

<sup>29</sup> *Ibidem*, p. 308.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 309.

espanto que recibió de este espectáculo,... alzó Lorenzo los ojos a su Criador y, encomendándose a su misericordia, le pidió le librase de aquel peligro, y se fue bajando con mucho tiento»<sup>31</sup>. Caminando de noche para salvar los rigores del calor y guareciéndose de día bajo las plantas de mayor altura y sombra, «después de largo tiempo vio unas vacas, y en tras un buhío, de donde salió un perrillo a ladrarle, que no se alegró menos que si fuera la voz de un ángel»<sup>32</sup>. En la choza le recibieron afectuosamente y le dieron la noticia de que el gobernador había dejado orden de llevarle a la población sano y salvo, pues le quería bien y se había preocupado de encontrarle.

Tras esta aventura, concibió el firme propósito de volver a España. Consiguió licencia del gobernador Manrique de Rojas, que por su parte venía a España, dejando por teniente de gobernador a don Pedro de Castro, pero unas tormentas torcieron el rumbo del barco de Bartolomé Lorenzo y tuvo que arribar de nuevo a la isla. En otras dos ocasiones su intento se vio frustrado, pero salvó la vida, porque los barcos que no logró tomar fueron destruídos por los temporales. Por fin, merced a la protección de que gozaba en la isla, logró abandonar Jamaica. Resulta inexplicable, pero, a pesar del buen trato de que gozaba y de la influencia que tenía cerca de las personas principales de la isla, desde su llegada no pretende otra cosa sino abandonar aquella tierra. El suegro del gobernador cumplió sus deseos, proporcionándole pasaje en una fragata suya que enviaba a Tierra Firme con cazave.

Tierra Firme y el istmo de Panamá serán el tercer escenario geográfico de sus andanzas. Frustrado en Jamaica su intento de regresar a España, se adentra hacia el Occidente de las Indias. Con buen tiempo llegó a Nombre de Dios, donde encontró gentes del Perú, pero, tal vez por considerar aquella tierra poco saludable, decidió pasar a Panamá con un compañero y hombre de bien, llamado Pedro de Aguilar. Fueron advertidos del peligro que corrían si se encontraban con los negros cimarrones, pero la simplicidad de Bartolomé Lorenzo lo desestimó. En efecto, su simplicidad le salvó de aquella gente temible por su crueldad. Saliéronle al paso en La Quebrada «con sus lanzas y ballestas, como ellos usan,... Lorenzo se llegó a ellos sin miedo, no sabiendo que aquéllos eran los cimarrones, y con mucho contento les preguntó el camino, y diciendo ellos qué llevaba, sacó de la capilla de su capa bizcocho y convidó con él al más viejo, que era el capitán»<sup>33</sup>. Gesto de tanta ingenuidad y buena intención, convirtió a los cimarrones en hospitalarios amigos, que les proporcionaron alimentos y guías para continuar bien su camino hasta Panamá, lo cual no hubieran logrado sin su ayuda. El ambiente de numerosos mercaderes y marineros de Panamá no le agradó, y después de hacer amistad

---

<sup>31</sup> *Ibíd.*, p. 310.

<sup>32</sup> *Ibíd.*, p. 310.

<sup>33</sup> *Ibíd.*, p. 311.

con un clérigo que tenía una doctrina en Cepo, a dieciocho leguas, se fue con él y vivió dos meses trabajando en los campos.

La necesidad de tener que curarse de la herida que le produjo una caña que le atravesó la pantorrilla, le obligó a volver a Panamá. El visitador del hospital panameño, que era el oidor Villalta, le tomó bajo su protección para curarlo en su propia casa; incluso quiso facilitarle el viaje a Perú, pero los demás oidores se opusieron. Después de curado, abandonó el regalo de la casa del oidor Villalta y se retiró a la vida solitaria del campo. Aquí se le ofreció ocasión de embarcar con unos marineros y, sin más averiguación que emprender un aventurado viaje y desoyendo los consejos de un amigo portugués que conoció en el hospital, se embarcó. Las peripecias del viaje le pusieron en contacto y amistad con un anciano clérigo de Nata.

«Era este clérigo un viejo venerable, con barba y cabello largo, como era forzoso tenerlo en aquel desierto. Tenía una capilla en que decía misa, y lo demás estábase metido en un buhío cercado de mucho humo por defensa de los mosquitos, que eran infinitos, plaga allí muy insufrible; su comida era algún maíz molido y algún poco de marisco, de que repartió con Lorenzo con mucho gusto»<sup>34</sup>.

Poco tiempo después, un temblor de tierra que duró dieciocho días trastornó el terreno por completo y cerró el paso hacia el interior. La única salida era el mar, pero eran muy raros los barcos que transitaban por aquellas costas. Los dos compañeros de Bartolomé Lorenzo salieron en busca de víveres a la isla de Cocos, pero jamás regresaron, entendiéndose que o naufragaron o cayeron en manos de los caníbales de la isla.

El modelo de vida del clérigo de Nata coincidía con la afición de Bartolomé Lorenzo a la soledad del campo, y le indujo a imitarlo. Durante ocho meses hizo vida de ermitaño. Su tiempo lo distribuía entre la oración y el trabajo del cultivo de maíz. Su solaz consistía en vagar por los montes, en los que descubrió la presencia de tigres, y por las playas, habitadas de caimanes. Observó las costumbres de estas fieras y las luchas de los tigres con los jabalíes y los caimanes. Es significativo que haya pasado de simple vagabundo a curioso explorador. Pero estas fieras no eran tan peligrosas para su vida como la plaga de mosquitos y sobre todo las terribles niguas, de las que afortunadamente se vio libre. Llegó a perder la figura de hombre civilizado, y cuando le encontraron los tripulantes de un barco que viajaba a Perú, extraviados por los temporales, quedaron asombrados de la horrible catadura que presentaba su deplorable aspecto. Resultaron ser conocidos de

---

<sup>34</sup> *Ibíd.*, p. 313.

Panamá y con la consiguiente alegría se hizo a la vela con ellos, proveyéndoles del maíz que había conseguido almacenar.

Un fuerte temporal los arrojó a la isla de Cocos y una disputa en la isla dio como resultado que Bartolomé Lorenzo fuera atravesado por un dardo de un costado a otro, cuando trataba de prestar auxilio al escribano de su barco. Se lo arrancó con sus propias manos y, aunque le dieron por muerto, con la ayuda de un jovenzuelo que le subcionó los coágulos y cauterizó las heridas, logró sobrevivir y continuar viaje hasta la isla de Malpelo, y de ésta al cabo de Manglares en las costas de Ecuador. Las tormentas, la falta de alimentos y la fragilidad de la embarcación obligaban a desembarcar, pero por consejo de Bartolomé Lorenzo, en lo que le iba la vida, doblaron la punta del cabo, ganando terreno, hasta que atracaron en un arenal. Los indios habían huído del poblado ante su presencia, y tomaron por tierra la derrota hacia el caudaloso río Esmeraldas, por un accidentado terreno plagado de mosquitos zancudos que los llagaron como leprosos. Tras llegar a un poblado de indios que los recibieron con mucha ceremonia, se encaminaron hacia Puerto Viejo, adonde llegaron después de un mes de penoso caminar, principalmente Bartolomé Lorenzo, cuyas heridas no se habían curado. Sin embargo, y aunque resulte difícil de imaginar que sobreviviera, llegó. Lo primero que hizo fue acudir al templo de nuestra Señora de las Mercedes «a dar gracias al Señor de haberle traído a tierra de cristianos». Pero esa misma noche, al salir de la iglesia, le cogieron preso por viajar sin licencia. El padre Acosta, por una vez, se deja llevar de la ironía y comenta el suceso con estas palabras: «Este fue el primer refrigerio que halló Lorenzo en la tierra que tanto deseaba»<sup>35</sup>.

El capitán y corregidor Alonso de Vera los puso en libertad y procuró que un cirujano cuidara de las enconadas llagas de Bartolomé Lorenzo; pero lo que parecía caridad era un frío cálculo para utilizarles como mercenarios en una entrada para cautivar indios en el reino de Quito. Ante la alternativa de acceder a empuñar las armas o ser ahorcado, siguió el consejo del Comendador de la Merced, a quien consultó, y se enroló en lo que él consideraba una acción repugnante, pues los indios eran gentes que «no le habían a él ofendido para que los fuese a guerrear».

La entrada a los indios y principalmente el viaje de ida y vuelta constituyen toda una aventura, de la que destaca el rasgo de humanidad y caridad cristiana que tiene Lorenzo con un niño indio, abandonado por su propia madre, a quien salva de ser arrebatado por el oleaje del mar.

«Cuando llegó Lorenzo (que iba en la retaguardia aquel día) y vio aquella criatura sola y llorando, que sería de seis años, y que de ahí a

---

<sup>35</sup> *Ibíd.*, p. 317.



poco se la había de llevar el mar, movióle la compasión y sin atención a su mismo peligro, se ató el arcabuz a las espaldas y tomó en brazos aquel niño, y así pasó todo el pantano, que era muy largo, llegando con dos horas de noche»<sup>36</sup>.

Para librarse de la servidumbre de las armas, por las que sentía franca repugnancia, huyó al monte y permaneció cuarenta días escondido. Cayó enfermo y bajó a refugiarse en el convento de los mercedarios. Allí fue encontrado por el maestre de campo y obligado a formar parte de nuevo en la milicia del gobernador. Pero en esta ocasión, el tímido Bartolomé Lorenzo se enfrentó en la misma iglesia al maestre de campo con extraña elocuencia y le vaticinó grandes males si hacía una nueva entrada de guerra a los indios, logrando que desistiera de sus propósitos. No obstante, temió ser ahorcado bajo cualquier pretexto por sedicioso y rebelde, y con la protección del Comendador de la Merced huyó a Jipijapa y de aquí a Guayaquil. Aquí había llegado antes que él requisitoria para prenderle y remitirle a Puerto Viejo. Se refugió secretamente en la iglesia, y con la ayuda de un vaquero portugués y de un desconocido clérigo que le brindó su protección, llegó a Cuenca, donde permaneció algunos meses en casa de un herrero, hombre de bien, que le trató con gran deferencia.

Su propósito era llegar a Lima. Desde Cuenca, los incidentes disminuyen en la narración y los lugares se suceden con rapidez: Cuenca, Loja, San Miguel de Piura, Nuestra Señora de Guadalupe, La Barraca, Chancay, de nuevo La Barraca, y Lima. Los sucesos se centran en el santuario de Guadalupe, donde cumplió un voto que había hecho a la Virgen y sirvió durante algún tiempo a los padres agustinos que regían el monasterio. De éstos rechazó la invitación que le hicieron de hacerse fraile de su Orden. En La Barraca enfermó de calenturas que le duraron nueve meses, «hinchándosele las encías, al modo que cuentan los primeros descubridores de las Indias, que parecía se le querían pudrir»<sup>37</sup>, de las que fue curado por una noble y cristiana señora en Chancay, en cuya casa se quedó durante algún tiempo cuidando la labor del campo. Por esta época comenzó a usar de penitencias y se aficionó a la oración con deseos de servir a Dios. Esta maduración espiritual era la disposición adecuada para que, cuando oyó hablar de un jubileo que se ganaba en La Barraca, se decidiera a acudir con ánimo de conseguirlo.

Es en esta ocasión cuando «topó con el P. Cristóbal Sánchez, que esté en el cielo, y quedóse allí algunos días». Es interesante que el padre Acosta nos diga que Bartolomé Lorenzo no conocía por entonces la existencia de la Compañía de Jesús, ni a qué orden pertenecieran aquellos frailes; pero

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 318.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 318.

le llamó la atención la vida virtuosa que llevaban en público y en privado, así como el hecho de que vistieran hábito común de clérigos y no capilla. Su vocación se decidió, y en compañía del padre Cristóbal Sánchez se vino a Lima, donde el provincial, P. Portillo, le recibió como hermano Coadjutor, admirándose el mismo Lorenzo de los tortuosos caminos que le habían llevado «a tanto bien» como era entrar en la Compañía, «donde ahora está —concluye Acosta— empleándose en cuanto le manda la obediencia, con grande edificación»<sup>38</sup>.

#### IV. SIGNIFICACIÓN HISTÓRICA DEL RELATO.

La *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo* contiene valores de significación histórica dentro del marco reducido de una crónica particular. Viene a ser un documental de la América colonizada, ofrecido por la peripecia de un emigrante peninsular en su azaroso y furtivo vagabundeo.

Recorre rutas ya fijadas en las cartas de navegación y en los mapas de los viajeros indianos. Las ciudades y poblaciones pertenecen al dominio de la colonización, tienen sus nombres, su organización política, social y económica, servicios religiosos y sanitarios, y una abundante población peninsular entre la que Bartolomé Lorenzo encuentra con harta frecuencia paisanos portugueses. Ha pasado la época de los descubridores y de las conquistas. Durante el reinado de Felipe II domina la colonización y el comercio, que atraen tantas voluntades ambiciosas de riqueza, dentro de una organización jurídica al estilo de la peninsular. La Española, Jamaica, Tierra Firme, Panamá, Nicaragua, Ecuador, Perú, son puntos indianos regidos por los españoles con una organización firmemente consolidada. La presencia de los españoles se ha extendido principalmente por todas las zonas costeras. Cuando Bartolomé Lorenzo se extravía, se debe a que se desvía de las rutas conocidas o a su propia impericia de caminante en terrenos para él desconocidos. Con todo, aun en lugares muy apartados se encuentra con gentes, clérigos, vaqueros, indios, que le ponen en contacto con los núcleos urbanos.

Desde el principio del relato, América aparece como salvación de perseguidos por la justicia y como oportunidad de conseguir riquezas. A pesar de la vigilancia, el número de gentes que lograban embarcar sin licencia no era pequeño, aunque la justicia seguía sus pasos en el Nuevo Mundo. Al menos en tres ocasiones nuestro protagonista tiene que huir de los oidores que persiguen a los indocumentados, facinerosos o mercaderes furtivos, entre los que estaba su nombre.

Sus relaciones sociales abarcan los principales estratos de la sociedad:

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 320.

españoles, portugueses, clérigos, soldados, justicias, artesanos, marineros, mercaderes, etc. Llama la atención el hecho de que generalmente es bien tratado. ¿Qué atractivo tenía el tímido Bartolomé Lorenzo para despertar la simpatía y gozar de la protección de personas humildes o encumbradas? Destaca principalmente la protección que recibe del clero tanto secular como regular: el clérigo de Cepo le tuvo como huésped dos meses; el de Nata le tuvo por vecino en la soledad de los montes durante ocho meses; el Comendador de la Mercel le salvó la vida en varias ocasiones; el desconocido clérigo de Villegas le ayudó a escapar de las autoridades de Puerto Viejo; el de San Miguel de Piura le ofreció un caballo ensillado y enfrenado para proseguir el camino; y, finalmente, el padre Cristóbal Sánchez le invita a ingresar en la Compañía de Jesús. Este repetido encuentro nos habla de la abundancia de clérigos en América durante la segunda mitad del siglo XVI.

Resalta en la *Peregrinación* el temor que los españoles infundían a los indígenas. Un indio viejo llevaba más de veinte años escondido en los montes sin compañía de humana criatura, el cual, huyendo «de la opresión y malos tratos de los españoles, escogió esconderse en aquellos montes, donde jamás pudiera ser hallado, y así se asombró cuando vio españoles»<sup>39</sup>. En el reino de Quito desembarcaron y se acercaron a un poblado indio en busca de socorro, pero «llegados al pueblo, no hallaron indio ninguno, que todos se hubieron en viendo españoles»<sup>40</sup>. Sin embargo, también encontramos la actitud opuesta. Camino de Perú llegaron a un poblado indígena y, al saber que eran españoles, «el curaca que era ladino y había tratado con españoles, salió muy bien vestido a recibirlos con todo el pueblo. Fue grande el contento de aquellos indios, y así les trujeron luego como a porfía presentes de tortas y frutas y aves»<sup>41</sup>.

Las instituciones religiosas son las que aparecen con más frecuencia: doctrinas, santuarios, conventos, ermitas. Entre las que podemos denominar sociales, los hospitales. Salvo las prisiones, las gubernativas no aparecen, lo que es lógico si tenemos en cuenta que el protagonista procuraba esquivar la justicia, pero sí se mencionan las autoridades.

La flora que se nos da a conocer es relativamente abundante. De La Española se mencionan las naranjas, cidras, limones, importados de España y magníficamente aclimatados, a juzgar por la abundancia con que proliferan; las guayabas salvajes y comestibles, bíaos o bihaos y plátados. De Jamaica, guayabas silvestres —especies semejantes a las zarzamoras—, mameyes, ceibas y el maíz como producto básico. De Panamá, la llamada «fruta de las Indias», los plátanos y el abundantísimo maíz.

<sup>39</sup> *Ibidem*, p. 308.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 316.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 317.

El reino animal está representado entre los animales domésticos por las vacas, gallinas, perros, caballos. Entre los monteses y salvajes, por los puercos, jabalíes y tigres. Entre los reptiles, por las culebras, caimanes y las iguanas. Entre los insectos, por los infinitos mosquitos, los temibles mosquitos zancudos y las terribles niguas.

Además de los frutos, Bartolomé Lorenzo se abasteció de alimentos cárnicos o de origen animal, como jabalíes, puercos monteses, gallinas; de pescados en general, mariscos, cangrejos, iguanas, ostiones y de ovos.

Esta representación de la fauna y flora están en relación con el protagonista y sus necesidades, sobre todo en sus andanzas por parajes despoblados. Por esta razón no encontramos una ilustración de la naturaleza de Indias que podamos calificar de documental, pero, aún incompleta y circunstancial, resulta instructiva como muestrario.

La peregrinación de Bartolomé Lorenzo duró unos seis años, mas no llegó a los ocho o los nueve que calculó Fernández Duro. Se nos proporcionan unos tiempos claves, que nos permiten hacer cálculos que nos aproximan a la realidad del tiempo invertido. La primera etapa medida cronológicamente duró dos años, transcurridos en La Española. Sin embargo, este período no coincide con las fracciones que a lo largo de la narración se van señalando. En efecto, se nos dice que estuvo nueve meses con calenturas, cinco meses perdido y en otra ocasión muchos meses extraviado, «cuya cuenta perdió, porque no sabía qué día era domingo ni cuál viernes». Pero al final, el cómputo se resume en dos años, calculando el tiempo desde que embarcó en Villanueva. En cuanto a su estancia en Jamaica, las indicaciones temporales son más imprecisas: «algunos días», quince jornadas de camino, tres veces más se dice «algunos días», un mes, ocho días y largo tiempo que anduvo extraviado, equivalente a los muchos meses que gastaron en buscarle. Podría calcularse con probabilidad que estuvo en Jamaica unos seis meses. En Panamá permaneció también medio año: aproximadamente un mes de navegación, dos meses en la doctrina de Cepo, unos dos meses perdido, dieciocho días de temblor de tierra y algún tiempo más incontrolable. Por las costas del mar del Sur empleó unos doce meses: ocho que vivió como ermitaño y cuatro, aproximadamente, que empleó en navegaciones y viajes por tierra. Hasta ahora, suman nuestros cálculos aproximadamente cuatro años.

Por tierras de Ecuador y Perú, se nos dan las etapas siguientes: un mes de camino, dos meses en la entrada a los indios del reino de Quito, otros dos meses empleados en el regreso a Puerto Viejo, cuarenta días escondido y veinte jornadas de camino, arrojan un total de unos siete meses. En dirección hacia Lima empleó de doce a catorce meses, de los cuales se nos ofrecen referencias generalizadas, más nueve meses que estuvo enfermo con calenturas en La Barraca y algún tiempo que pasó en Chancay hasta que volvió a La

Barraca para ganar el jubileo y desde aquí trasladarse a Lima, suma un total de dos años.

En consecuencia, la peregrinación de Bartolomé Lorenzo duró, según los cálculos hechos sobre las referencias que nos ofrece la misma relación, aproximadamente seis años: los que median entre 1562 y 1568, que encajan perfectamente con el resto de la vida de Bartolomé Lorenzo.

El padre Andrade nos dice que murió el mes de septiembre de 1600, a los sesenta años de edad. La fecha de nacimiento hay que situarla en 1540, en Laguna de Navarro, en Algarbe, junto al cabo de San Vicente, como especifica el padre Acosta. En 1562, cuando contaba unos veintidós años —«siendo de veinte o de veinte y dos años, salió de su tierra para las Indias»<sup>42</sup>—, embarcó para América. En 1568 terminó su peregrinación con su ingreso en la Compañía de Jesús, como hermano Coadjutor. Como tal le conoció Acosta cuando llegó a Lima por primera vez en 1572. El 8 de octubre de 1577 realizó su incorporación a La Compañía mediante los votos definitivos, y vivió como jesuita profeso los veinticuatro años que contabiliza Andrade, hasta que falleció en Lima en 1600.

Resaltan, por su frecuencia, las enfermedades que sufrió, principalmente calenturas, así denominadas, sin que se nos especifique, en la mayoría de los casos, las causas que las provocaron, aunque sí se nos da en muchas ocasiones la duración. En diez ocasiones estuvo enfermo y en otras dos sufrió graves accidentes que pusieron en peligro su vida. Por lo tanto, de los seis años de su peregrinación, una buena parte la pasó enfermo, sin que pueda decirse que su salud era débil. La primera vez que enfermó fue en Cabo Verde, al poco tiempo de haber embarcado. Una recias calenturas y cámaras le pusieron al borde de la muerte, hasta el punto de que mandó aviso a su padre de su fallecimiento. La causa que se nos da es el clima de una tierra que era «calurosa y enferma». El remedio consistió en ingerir abundancia de agua, lo cual, contra todo uso, le devolvió la salud en cuestión de horas. Nuevas calenturas le atacaron en Concepción de la Vega, que le tuvieron nueve meses en grave estado, sin que se diga esta vez ni la causa ni el remedio. De ellas recavó al poco tiempo en Santo Domingo y posteriormente en Santiago de la Vega, donde «le dio Nuestro Señor aborrecimiento de hacienda y deseo de soledad». Por cuarta vez enfermó en la Yaguana a causa de los trabajos de su viaje desde Santiago de la Vega y la mala calidad de los alimentos. En Jamaica «adoleció gravemente» por la calumnia que le habían levantado y posteriormente le sobrevinieron fuertes calenturas, que, esta vez, no le duraron demasiado tiempo. Era ésta la sexta ocasión en que enfermó. A continuación, tuvo dos accidentes de gravedad: en Cebo se clavó una caña en la panto-

---

<sup>42</sup> *Obras del P. José de Acosta...*, p. 305.

rrilla, de cuya herida tuvo que ser atendido en el hospital de Panamá con «cauterios de fuego y otros tormentos»; el segundo accidente fue más grave aún, pues en las banderías que se produjeron en la isla de Cocos fue atravesado por un dardo de costado a costado, y la herida, atendida con remedios de urgencia durante mucho tiempo, le tuvo a punto de perder la vida, hasta que en un poblado indio le aplicaron remedios de yerbas y otras medicinas con que le mejoraron notablemente y dieron fuerzas para llegar a Puerto Viejo, donde un cirujano le curó por mandato del capitán Alonso de Vera. Estando escondido para librarse de formar parte de la entrada contra los indios, las lluvias, los trabajos, vivir a la intemperie y tener malos alimentos le produjeron nuevas calenturas. Finalmente, y al cabo ya de su larga lista de calamidades y peligros, enfermó «de muy recias calenturas» en La Barraca, que le duraron, como en otras ocasiones, nueve meses, de las cuales curó gracias a los cuidados de una «señora noble y cristiana», que le acogió en su propia casa.

La panorámica de usos y costumbres en la América colonizada del siglo XVI queda difuminada en la relación, pero aún destacan algunos puntos de referencia que deben ser recogidos. El maíz aparece como un alimento básico, y el cazave, hecho de la raíz llamada yuca, en forma de torta delgada, aunque «sin gusto y desabrido», dice Acosta en su *Historia Natural y Moral de las Indias*<sup>43</sup>, es el género de pan que, junto con el de maíz, cubren casi toda la geografía indiana. Los habitáculos del campo son las chozas o bohíos, utilizados por los indígenas, granjeros y campesinos, mientras que en las poblaciones aparecen viviendas o casas, templos, hospitales, cárceles, murallas, puertos, mercados, etc. La caza y la pesca presentan en la relación carácter deportivo y en ocasiones de extrema necesidad se recurre a ellas como medios de subsistencia. El animal más propicio para la caza es el porcino: el puerco montés y el jabalí, y en una ocasión el toro. Hacen acto de presencia también las minas de materiales preciosos y la facilidad con que podían encontrarse en los lechos de los ríos el oro y piedras valiosas. Especialmente Panamá aparece como zona abundante en comercio y marinería, aunque la mercadería era actividad extendida por toda la América colonizada. La agricultura y la ganadería, cultivadas tanto por indígenas como por negros y españoles, parecen actividades bastante frecuentes, a juzgar por los encuentros de Bartolomé Lorenzo con hatos de vacas y con gentes dedicadas al cultivo del maíz. En cuanto a la estratificación social, queda clara la supremacía de los españoles sobre los nativos, el espíritu colonizador y evangelizador, que guió a los primeros conquistadores, y la doble actitud, utilitaria y cristiana, respecto de los indios. En este punto, es elocuente la arenga del caudillo de la milicia que va

---

<sup>43</sup> *Ibidem*, p. 109-112.

a hacer la entrada de conquista en el Reino de Quito, cuando dice el padre Acosta:

«El caudillo que llevaban era un hombre de bien y buen cristiano, y así a las primeras jornadas hizo una plática a los soldados, encargándoles no hiciesen mal a indio alguno, y que mirasen que por los desafueros que habían hecho los españoles en los naturales había Dios castigado mucho aquella tierra, y otras razones en esta conformidad»<sup>44</sup>.

En este mismo pasaje, y en relación con los indios, refiere el padre Acosta, según el relato de su comunicante, que «vivían aquellos indios, no en pueblos formados, sino de treinta en treinta y más, en unos galpones largos». El espíritu de clan familiar engendraba lazos tan firmes entre ellos, que, si cuando vieron españoles huyeron, al tomar éstos como rehenes a las mujeres y los niños, volvieron y se entregaron a la esclavitud por amor a sus familias. Nos ayuda a comprender la complejidad colonizadora, el hecho de que en las pocas líneas de un párrafo puramente narrativo se conjuguen sentimientos tan antitéticos para nuestra sensibilidad, como esclavizar a los indios conduciéndoles encadenados para que no escapen y a sus hijos transportarles a cuestras para evitarles el cansancio del camino:

«Luego los indios vinieron de paz y se dieron, y a ellos y a sus mujeres y hijos los trujeron a Puerto Viejo, metiéndolos en colleras porque no se huyesen, y a los niños traían los soldados a cuestras porque no se cansasen»<sup>45</sup>.

Un breve inciso del P. Acosta resalta la facilidad y frecuencia con que era conculcada la honra mediante calumnias y falsos testimonios. Cuando Bartolomé Lorenzo intentó regresar a España desde Jamaica, unos temporales obligaron al barco a regresar a la isla, pero durante los días de su ausencia «no faltó quien le levantó un falso testimonio en materia grave, por excusar al verdadero culpado». Le hubiera costado la vida, de no haberse defendido con el arrojo y la sinceridad que terminaron por convencer de su inocencia al teniente de gobernador Pedro de Castro. «Sin embargo —añade Acosta—, Lorenzo, del gran pesar de la maldad que le habían achacado (cosa muy usada en Indias), adoleció gravemente»<sup>46</sup>. Cuando tomó consejo del Comendador de la Merced sobre si debía, o no, formar parte de la compañía que

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 318.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 318. El pensamiento de Acosta sobre la guerra a los indios está espléndida y ampliamente desarrollado en su *De procuranda indorum salute, o Predicación del Evangelio en las Indias*, en *Obras del P. José de Acosta...*, p. 387-608.

<sup>46</sup> *Obras del P. José de Acosta...*, p. 310.

debía guerrear a los indios, éste le aconsejó que accediese de momento y a modo de experiencia, «diciéndole que si no lo hacía, que sin duda le urdirían alguna maraña con que ahorcarle»<sup>47</sup>. Destaca en la relación el recato de Bartolomé Lorenzo en su trato con las mujeres, de cuya compañía se aparta en tres ocasiones: abandona la casa de don Pedro de Córdoba en Jamaica, porque su mujer, «aunque muy honrada y virtuosa, en fin era mujer» y quiso «quitar al demonio la ocasión de hacer de las suyas»; camino de Lima, en Loja, se le ofreció ocasión de gozar de cabalgadura y gasto, pero «por no ir acompañando una mujer, aunque muy honrada», prefirió hacer el camino a pie, acompañando a unos corsos que iban a caballo; en Chancay fue curado por una «señora noble y cristiana» y permaneció en su hacienda cuidando de las labores del campo, pero pronto se le ofreció ocasión de ir con el marido a Montealegre, en el valle de Zupe, y se alejó de Chancay. Nada, pues, tiene de extraño que, cuando su honra es ultrajada, acusándosele falsamente de haber hecho «una maldad con una señora principal», pida justicia enérgicamente para que se le restituya, porque prefiere morir, si es culpable, a vivir sin honra, siendo inocente.

Este hondo sentido del honor, su origen campesino, que se evidencia en el amor a la soledad y trabajos del campo, y su escasa afición a enriquecerse por el comercio, unido a un progresivo sentimiento religioso y falta de escrúpulos por alimentarse de los puercos, ponen de manifiesto la limpieza de su sangre y la hidalguía de su abolengo, lo cual, aunque el padre Acosta no lo menciona expresamente, parece dejarlo entender con suficiente claridad a lo largo de toda la peregrinación, para que los lectores de su tiempo, especialmente sensibles a este problema, o captaran fácilmente<sup>48</sup>, como, en realidad, así sería.

## V. CARACTERÍSTICAS LITERARIAS.

Ciñéndonos estrictamente al carácter literario de la *Peregrinación*, destacaremos las que consideramos sus características más peculiares, para llegar a la doble conclusión de que el padre Acosta es un maestro en la prosa de género histórico y que el texto que nos sirve de estudio constituye una pieza de singular valor en la literatura histórico-narrativa.

La *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo, antes de entrar en la Compañía*, presenta la estructura lineal de una crónica de sucesos particulares, siguiendo el triple ritmo de la lógica, del tiempo y del espacio, en torno al protagonista

<sup>47</sup> Ibídem, p. 317.

<sup>48</sup> Vide Américo CASTRO, *De la Edad conflictiva*, 3.ª ed., Madrid, Taurus, 1972, p. 175-187.



y los acontecimientos que a él se refieren. En ningún momento del relato encontramos una digresión narrativa ni descriptiva que nos desvíe la atención del personaje que polariza absolutamente todos los sucesos. En nuestra lectura acompañamos a Bartolomé Lorenzo siguiendo sus pasos por la geografía recorrida y midiendo el tiempo con sus propios cálculos. Ningún suceso secundario, ninguna descripción a propósito, ningún comentario marginal, rompen la línea de la historia que arranca del propio protagonista y termina con él. El rigor narrativo del historiador, y de un historiador fiel a la información que ha recibido directamente, no da lugar a la invención, ni al adorno, ni a la hipérbole dramática. El autor refiere estrictamente la historia desde el comienzo al fin, manteniendo un ritmo constante de sobriedad sustancial en cuanto a los hechos y en cuanto a la locución. El equilibrio entre el dato y la expresión proporciona un movimiento narrativo pausado y progresivo. Por otra parte, la misma dinámica de los acontecimientos y el interés que despierta el encadenamiento sin ruptura de las peligrosas aventuras que se nos van refiriendo, despiertan por sí mismos en el lector la admiración creciente y la ansiedad de concluir con el protagonista un camino tan tortuoso y sobresaltado, como el que recorre Bartolomé Lorenzo.

Desde el comienzo del relato, que principia identificando al protagonista con estas palabras «Bartolomé Lorenzo, de nación portugués, natural de un pueblo pequeño llamado la Laguna de Navarro, en Algarbe, junto al cabo de San Vicente, siendo de veinte o de veinte y dos años, salió de su tierra para las Indias»<sup>49</sup>..., hasta el final del texto, que concluye: «el Padre Provincial Portillo, le recibió por Hermano Coadjutor, admirándose él grandemente de que Nuestro Señor le trajese a tanto bien, por tan grandes rodeos y trabajos, estimando la grande caridad que le hacen en la Compañía, donde ahora está empleándose en cuanto le manda la obediencia, con grande edificación»<sup>50</sup>, la exposición de esos «grandes rodeos y trabajos» sigue rigurosamente la sucesión de los hechos tal como fueron ocurriendo y tal como el mismo protagonista los fue recordando y refiriendo al padre Acosta, que, como sabemos, fue tomando nota a continuación de haberlos escuchado y después los puso por escrito siguiendo el mismo orden.

Sin embargo, no resulta la narración un mero y frío *relata refero*, porque la voz del comunicante desaparece en la del narrador y éste personaliza la suya refiriendo por sí lo que escuchó, e imprime un carácter propio al relato haciéndolo nacer de su pluma con voz exclusiva y peculiar. Reflexiones, consideraciones, sentimientos, ciencia, religiosidad y estilo del escritor Acosta van aderezando el relato y éste llega al lector con el calor de las manos que lo han amasado y conformado literariamente. Ya hemos hablado del carácter pro-

<sup>49</sup> *Obras del P. José de Acosta...*, p. 305.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 320.

videncialista que imprime a la historia de Bartolomé Lorenzo, desde los comienzos hasta el final feliz en que culmina. Cuando los piratas luteranos franceses están a punto de ver cómo perecen ahogados los portugueses, ya que no habían podido matarlos, dice Acosta:

«Fue Dios servido que escaparon a nado, y entre ellos Lorenzo, aunque con más trabajo, porque le echaron de golpe en el agua y se hundió mucho, y estaba cargado de ropa»<sup>51</sup>.

El hecho meramente narrativo queda transfigurado por la presencia del elemento religioso providencial que atribuye la causa de la salvación del peligro a la intervención divina, al utilizar en esta ocasión la frase «fue Dios servido», y en otros pasajes expresiones de significado semejante: «En esta enfermedad le dio Nuestro Señor aborrecimiento de hacienda», «quedó admirado del peligro de que le había librado Nuestro Señor», «los trujo la Providencia divina a vista de unas vacas», «después supo la misericordia que Nuestro Señor usó con él», «fue Dios servido que ninguno le ofendiese», «enseñado a lo que se puede creer por inspiración divina», etc. Hasta tal punto queda evidente la protección providencial de Dios, que el mismo Bartolomé llega a adquirir conciencia de ella y al final de su peregrinación, encontrándose en Montenegro, nos dice el padre Acosta:

«...sin haberlo oído, ni tratado con nadie de esto, comenzó a usar algunos géneros de penitencias, vigalias y largá oración, y siempre le parecía que aquel modo de vivir que tenía de presente, no era el que le convenía para servir a Nuestro Señor con el agradecimiento que debía a las grandes misericordias que de su poderosa mano había recibido, y los grandes trabajos y peligros de que le había librado»<sup>52</sup>.

El punto culminante de este providencialismo nos lo presenta el padre Acosta, cuando poco más abajo y para finalizar su escrito nos dice:

«... se vino a Lima con el Padre Cristóbal Sánchez, donde el Padre Provincial Portillo le recibió por Hermano Coadjutor, admirándose él —Bartolomé Lorenzo— grandemente de que Nuestro Señor le trajese a tanto bien, por tan grandes rodeos y trabajos, estimando la grande caridad que le hacen en la Compañía, donde ahora está empleándose en cuanto le manda la obediencia con grande edificación. Sea Nuestro Señor alabado para siempre. Amén»<sup>53</sup>.

<sup>51</sup> *Ibíd.*, p. 306.

<sup>52</sup> *Ibíd.*, p. 320.

<sup>53</sup> *Ibíd.*, p. 320.

Bien puede pensarse que el padre Acosta se basara en este reconocimiento agradecido del propio Bartolomé Lorenzo a la divina providencia y que en consonancia con la historiografía de la época lo extendiera, como acabamos de comprobar, a cada uno de los sucesos del relato. Esto pone de manifiesto que, sin deteriorar ni violentar los hechos, el padre Acosta los suministra desde el punto de vista de su particular interpretación.

En otras ocasiones, la narración queda enriquecida con el dato de la experiencia o de la erudición del propio escritor, el cual, sin embarazar la fluidez con digresiones, la sazona con breves comentarios de carácter instructivo. Por ejemplo, al referir los peligros y fatigas de Bartolomé Lorenzo por las lagunas y pantanos que encontró en su camino hacia la Yaguana, aporta la siguiente aclaración:

«Estas lagunas se hacen de las continuas aguas del invierno, que bajan de las sierras y en verano se secan, donde crían mucha maleza de cardos y espinas, con que el mayor trabajo que sentía Lorenzo era caminar por el agua, sin ver dónde ponía los pies, que a cada paso los asentaba sobre abrojos y espinas, y así andaba muy poco»<sup>54</sup>.

Al mencionar Santiago de la Vega, en La Española, donde Lorenzo enfermó por tercera vez, nos dice:

«Otra ciudad de aquella isla que hoy está despoblada y arruinada de los terremotos»<sup>55</sup>.

Al mencionar los difíciles pasos de las serranías del istmo de Panamá confirmarlo con su propia experiencia, diciendo:

«Y aunque Lorenzo y su compañero sabían bien nadar, mas no pudieran atinar con el paso donde habían de salir, por ser todo arcabuco y montaña, como sabemos los que lo habemos pasado»<sup>56</sup>.

En fin, para aclararnos qué clase de árbol «altísimo» encontró Bartolomé Lorenzo en Jamaica, añade:

«Era de la casta de ceibas, de que usan los indios para hacer canoas, que son unos barcos de una pieza, cavados como artesas»<sup>57</sup>.

Sirvan, pues, estas citas para confirmar que Acosta transparenta su presencia de escritor a lo largo del relato de manera que, sin apartarse de la

<sup>54</sup> *Ibíd.*, p. 307.

<sup>55</sup> *Ibíd.*, p. 306.

<sup>56</sup> *Ibíd.*, p. 311.

<sup>57</sup> *Ibíd.*, p. 309.

historia ni entrar en la literaturización, nos presenta con estilo directo y personal una serie de aventuras que, entre sus mejores cualidades, tiene las de resultar clara, amena e instructiva.

Contribuye a mantener el ritmo de la narración la sobriedad de las descripciones y el hecho de que éstas aparezcan siempre en función del relato, sin adquirir entidad independiente. Descripciones breves, precisas y sustanciales, como el resto de la relación. Tal es la que ya hemos destacado del anciano y venerable clérigo de Nata. Añadamos ahora, por vía de ejemplo, la del propio Bartolomé Lorenzo, cuando le encontraron unos navegantes, antiguos conocidos de Panamá, después de ocho meses de vivir como ermitaño:

«... espantáronse extrañamente de ver un hombre en aquel traje y figura; la barba le había crecido más abajo de la cinta; el cabello, como de un salvaje, crecido y muy descompuesto; vestido y tocado casi todo de hojas de biao; el rostro, manos y piernas, todo hinchado y comido de mosquitos, especialmente las narices y orejas; descalzo y sin abrigo alguno»<sup>58</sup>.

Sin embargo, esta es la más amplia y pormenorizada que encontramos. El resto de las descripciones se limitan a escuetas referencias, moldeadas en una frase o recogidas en uno o dos adjetivos. A veces, incluso, cuando se trata de situaciones semejantes, utiliza fórmulas también muy parecidas y casi paralelas, como en estos dos casos en que nos presenta el aspecto lastimoso de Bartolomé Lorenzo al término de dos de sus aventuras:

«Anduvieron así perdidos cinco meses, después de los cuales, descalzos y hechos pedazos, sin hilo de ropa,»...<sup>59</sup>.

«... él iba descalzo y los vestidos hechos pedazos y podridos del continuo llover»<sup>60</sup>.

Las descripciones no revisten carácter específicamente literario. Están subordinadas y al servicio del asunto narrado, como meras circunstancias del relato. Por eso en la mayoría de los casos se resuelven en breves fórmulas de tipo informativo, generalmente expresadas por adjetivos especificativos, y éstos en su mayor parte son de valoración de tipo didáctico o moral. Refiriéndose a personas, utiliza fórmulas comunes, como «hombre de bien», «señora honrada

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 314.

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 307.

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 307.

y virtuosa», «señora noble y cristiana» o bien, «personas de caridad», «un portugués atronado y colérico», «católico y muy humano», etc. A los animales los describe con adjetivos calificativos de la naturaleza o cualidades especiales que presentan, puestos en muchos casos en forma de superlativo para imprimir intensidad: «bravísimo toro», «grandísima culebra», «fiera y disforme culebra», «tigres ferocísimos», «gusanos tan delgados como un cabello», etc. Sin embargo, no puede inferirse de aquí ningún concepto peyorativo del valor literario de la relación; por el contrario, responde perfectamente al género, concepto y carácter del escrito, perteneciente a la prosa histórico-didáctica, en la que Acosta es considerado maestro representativo de nuestro Siglo de Oro<sup>61</sup>. Dentro de ese marco genérico, conceptual y característico, que asienta Acosta en su Carta-dedicatoria al padre Acquaviva, hay que situar también, para saberlo valorar adecuadamente desde un punto de vista historiográfico y literario, el equilibrio y conjugación de los datos precisos que acompañan los hechos narrados con tanta puntualidad, y la indeterminación y generalidad, e incluso la ausencia, de abundantes circunstancias. Hemos señalado la puntual precisión de datos con que Acosta identifica a nuestro protagonista en el comienzo mismo de la relación, dándonos a conocer el emplazamiento geográfico exacto de donde es natural y donde se encuentra, la edad, nombre y apellido del padre, pero al tener que referirnos la causa por la que tiene que embarcar para Indias, desaparecen las concreciones y maneja hábilmente los indefinidos:

«... por una desgracia en que un hombre fue *afrentado* y aunque en el efecto el no tenía culpa, había contra él *algunos indicios*»<sup>62</sup>.

Esta técnica de claro-oscuro, de precisión-imprecisión, de presencia-ausencia de datos, obedece a la propia confesión de Bartolomé Lorenzo, de la que ya hemos hablado, y a la fidelidad de Acosta, que salva los vacíos sin caer en la retórica o en la fácil invención. Es evidente el propósito de Acosta de atenerse, al igual que su relator, a lo sustancial del asunto y evitar lo secundario o accidental, tanto en el contenido y circunstancias de las aventuras, como en la misma forma literaria, caracterizada igualmente por la sobriedad, sin detrimento de la amenidad y la claridad. Con todo, algunos pasajes encierran un mayor interés novelesco: la caza de los puercos en La Española<sup>63</sup>, la aventura en las montañas y bosques de Jamaica<sup>64</sup>, la pelea de los tigres con

61 José RODRÍGUEZ CARRACIDO, *El P. José de Acosta y su importancia en la Literatura Científica Española*, Madrid, 1899, p. 82-84 y 115-121.

62 *Obras del P. José de Acosta...*, p. 305.

63 *Ibidem*, p. 306.

64 *Ibidem*, p. 309-310.

los caimanes<sup>65</sup>, las banderías en la isla de los Cocos<sup>66</sup>, la entrada de guerra a los indios de Quito<sup>67</sup> y la huida de Puerto Viejo<sup>68</sup>, en los que, además de su valor histórico, hallamos las cualidades literarias del escritor y el interés de las mismas aventuras.

En toda la relación no encontramos ningún diálogo directo y formal. La comunicación entre personajes se encuentra en forma de diálogo indirecto asimilado a la narración, no en la forma de la expresión, sino en los conceptos del contenido. Es un dato en favor del género histórico, en el que se encuadra el escrito, y una confirmación de la ausencia de novelización, que antes señalábamos, propios del concepto y carácter de la relación, expuestos por Acosta en la Carta-dedicatoria.

Otra cualidad no menos importante es la sabia combinación con que nos va suministrando Acosta las incidencias de las aventuras, con su dosis de dramaticidad, y los datos de la observación del mismo aventurero protagonista, con los que indirectamente va trazando la geografía, la naturaleza, animales, frutos y peculiaridades de los parajes por los que vaga Bartolomé Lorenzo. Pero, así como de la naturaleza nos ofrece abundantes datos, de las poblaciones sólo nos informa de manera indirecta y aun escasamente. Muéstrase en ésto las preferencias de Acosta, el autor de la *Historia Natural y Moral de las Indias*.

Finalmente, el relato goza de la amabilidad afectiva con que lo escribe su autor, que va apareciendo dosificada en rasgos de humor, en diminutivos humanísimos, o en imágenes literarias sencillas, pero gráficas y repletas de atractivo humano.

## CONCLUSIÓN.

En resumen, la *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*, del padre José de Acosta, es un documento de historia particular que completa en la esfera de los sucesos menores la historia de la presencia de los españoles en América durante el siglo XVI. A su valor histórico más genérico se suma el interés de la peripecia humana de un personaje tímido y bondadoso, que se ve envuelto en las continuas dificultades que le presentan la geografía, el clima, su propia simplicidad y el no saber con seguridad qué hacer en un mundo que le resulta desconocido y en el que se siente extraño. Se peregrina trayectoria termina, al fin, en la soledad de los campos al servicio de la Compañía de Jesús e indi-

<sup>65</sup> *Ibidem*, p. 314.

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. 315.

<sup>67</sup> *Ibidem*, p. 318.

<sup>68</sup> *Ibidem*, p. 319.

rectamente de la evangelización de Perú. El padre Acosta, que supo valorar la personalidad del humilde Coadjutor del colegio de Lima, recogió y nos trasmitió en un bello escrito esta historia de Bartolomé Lorenzo que, de no haberlo hecho, sería tan desconocida como la de tantos aventureros que cruzaron el Atlántico hacia el Nuevo Mundo. Pero, afortunadamente, Bartolomé Lorenzo ha pasado a la nómina de los jesuitas ilustres, y la relación del padre Acosta merece pasar a la literatura histórica de nuestro Siglo de Oro como una pequeña joya, porque al interés de la aventura humana se sobrepone el deleite del estilo narrativo con que está escrita.

